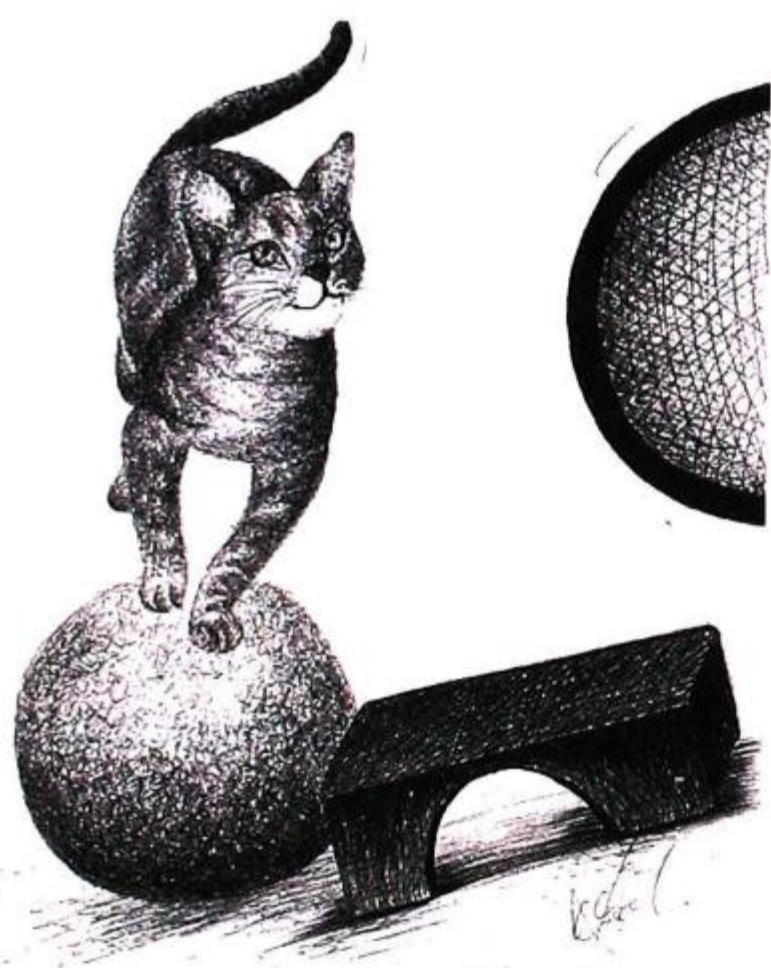


porque estabas muy cansado de
[todo,
porque ya no te reías,
porque ya no podías viajar,
porque tus libros y tus artículos
[eran destrozados por los críticos,
porque los amigos te dieron la
[espalda,
porque preferías desnudarte y acos-
tarte y quedarte cuatro días en la os-
curidad sin comer ni beber y ni si-
quiera levantarte para ir al baño, por
eso, Papá. [págs. 106-107]

No sabemos si es así o no en la reali-
dad, pero es lo que sugiere el per-
sonaje que Duque López recrea a tra-
vés de Amarilis, que como un oráculo
habla con voz prestada: "[...] no estoy
viva, soy un recuerdo de mí misma,
solo me mantiene la adoración y la ad-
miración y el amor y la fidelidad que
siempre he sentido por ti" (pág. 117).



Por eso creo que Duque López ha
creado en esta obra un personaje no
de novela, sino de tragedia, de esos
que no admiten, que no se resignan
al deshonor, a eso que Borges lla-
mara "el ultraje de los años". Por-
que incluso el Hemingway de este
monólogo es más bien la sombra de
Hemingway, la sombra que como la
de Hamlet padre no puede descan-
sar en paz, ni siquiera en el Más Allá:

¿Qué pasó?
Fue algo que venías preparando,
[desde muchos años atrás]

¿Cómo así?
Claro, siempre buscabas la muerte
O al revés, ¿no era la muerte la
[que me buscaba a mí?
Quizás.
[pág. 115]

Un relato intenso, sin cortes, agita-
do e inquieto, como el escritor, que
ni siquiera tuvo la paciencia para
esperar a la muerte. Como él, me
temo, sin embargo, que los lectores
tengan la suficiente paciencia para
asumirlo.

ANTONIO SILVERA ARENAS

Las trampas de la nostalgia

Como los perros, felices sin motivo

María Castilla

Editorial Planeta, Seix Barral, Bogotá,
2011, 245 págs.

Sofía, una joven inteligente y poco
convencional se enamora de Eduar-
do, sin sospechar hasta qué punto
echará raíces en su alma esa rela-
ción. Pero Eduardo decide abando-
narla valiéndose de un pretexto fal-
samente altruista, el de servirle a la
humanidad en el África. Es ahí don-
de comienza la dolorosa peregrina-
ción de Sofía en busca de una razón
que le permita aceptar lo que ha
ocurrido, y, en lo posible, olvidar
aquello que las nuevas experiencias
románticas no borran del todo.

Apelar al recurso de la memoria,
recrear una historia a través del re-
cuerdo mediante la utilización de
una herramienta esquiva, imprecisa,
como la palabra, es un lugar común
en la literatura. Algo que muchos
autores ya han intentado, con ma-
yor o menor éxito. Un riesgo que la
autora de esta novela asume con la
conciencia de correrlo, y de poder
fracasar en el camino tortuoso, pla-
gado de obstáculos literarios, que
conduce al final de todo libro. Más
peligroso aún, cuando el asunto que

se rememora es nada menos que un
cuento de amor. Una historia ya vi-
vida, pasada por el tamiz de los años,
olvidada casi todo el tiempo, recor-
dada de manera involuntaria las más
de las veces, de manera consciente
cuando se escribe, a fin de conjurar
precisamente el paso del tiempo que
amenaza con ponerle punto final a
lo que ha dejado de ser.

Es la tarea que asume Sofía,
exiliada en otras latitudes, una jo-
ven que se adivina agraciada, indu-
dablemente inteligente, con inclina-
ciones a la bohemia y a una vida de
improvisaciones. El exilio no es el
primero, pues ya una vez lo fue en
su propia ciudad, cuando se refugió
en la historia imaginaria de una
abuela que habita en el centro de la
capital, el marco para sus amores y
sus desamores. Un lugar con histo-
ria, personajes y modos de vida no
solo característicos sino únicos, y
que reciben en medio de ellos a So-
fía y a Eduardo, el hombre que le
hará conocer el amor, la infidelidad,
el olvido transitorio. El que le per-
mitirá volver a comenzar, cuando
todo se ha creído perdido. El que la
llevará a un final inesperado, pero
que no sorprende, porque estaba
dentro de las posibilidades.



La ciudad que aparece en la no-
vela está poblada de sitios que se
transforman en símbolos, en invita-
ciones para explorar lo desconoci-
do. Los preside el Teatro Embaja-
dor, metáfora del amor perdido con
su desaparición, o mejor dicho, su
transformación modernista en un
multiplex, algo ajeno a su naturale-
za, pero que obedece a las leyes del
cambio que influye, no siempre de
manera poética, en el desarrollo de

los paisajes céntricos donde la protagonista se siente más a gusto, donde puede vivir sin que se le hagan preguntas sobre su identidad, su pasado o los sueños sobre el porvenir.



Hay que resaltar la manera como los personajes cobran vida en este libro. No sólo Sofía, la narradora, cuya personalidad se adivina tanto a través de lo que dice, como de lo que calla. Una mujer solitaria y aferrada a momentos que aportaron su cuota de felicidad, así como se aferra a Eduardo, el amante de ayer, un poco presente en los rostros de otros enamorados, figura inolvidable, devuelta a la realidad a través del lenguaje. Un personaje fantasmal en un comienzo, que va adquiriendo forma, carácter, consistencia, incluso una voz, pese a que se lo evoca sin permitirle hablar.

En el ejercicio de la remembranza, el tiempo en la novela de María Castilla adquiere más que nunca su carácter caprichoso, fluctuante, íntimamente ligado a lo psicológico. Tiempo cronológico y tiempo psicológico se entrelazan para darle mayor sentido al pasado que con frecuencia es más veraz, más tangible y real que el fugitivo presente. La obra de María Castilla es también una sutil reflexión sobre las trampas que nos tienden la nostalgia y el pasado, con su poder de transformar y enriquecer el presente. A tal punto, que no se sabe si la narradora oscila en su exilio entre la realidad y la fantasía, entre la locura y la cordura, entre el deseo y la saciedad. Extrañada ante la dolorosa exactitud de las imágenes que evoca el recuerdo, su mundo se llena también de erotismo, de ternura, de todo aquello que es contundente en un amor perdido para el cual, en su momento, cobraban valor pequeños objetos al parecer intrascendentes.

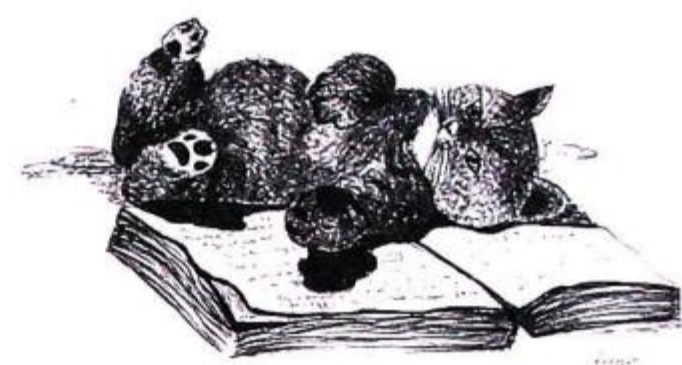
María Castilla escribe con una prosa cuidada, en la que no sobra un adjetivo ni falta el verbo revelador, tan transparente como pueden ser en algunos momentos privilegiados las imágenes del recuerdo. Y ciertamente sabe crear una atmósfera de añoranza, de realidad comprimida en el tiempo, pero también de intriga, porque a medida que avanza en el relato, el lector no puede dejar de preguntarse, aunque sepa de antemano la respuesta, por el destino de un amor descrito con detallada minucia, con delicadeza y penetración psicológica.

Como un ondulante telón de fondo, aparece y desaparece la gran urbe poblada de extraños personajes, de lugares característicos que obedecen a la impronta dejada por seres anónimos, indiferentes al drama que se desarrolla en el corazón de Sofía, a su necesidad de encontrar un asidero en la selva de cemento cuyo rumor no se detiene jamás, y que habla de otras vidas, de otros amores, de otros anhelos, no menos reales por ser desconocidos.

En contraposición, y en una especie de equilibrio de la balanza, está el lejano continente poblado de criaturas exóticas, de niños desnudos y hambrientos, de hombres que nada poseen, lugar elegido por Eduardo para el abandono del amor, para la búsqueda de otras motivaciones. Un amante temeroso, aunque se sirva de un pretexto absurdamente altruista con el fin de escapar del fuego de una pasión que le resulta difícil de afrontar. Otro recurso explorado hasta la saciedad en la literatura, pero que en la novela de María Castilla adquiere frescura propia, merced a las reflexiones en torno a la dinámica del amor y el abandono, de la búsqueda y el rechazo, del recuerdo y el olvido, de la felicidad y la depresión.

Desde la intimidad de un cine, una habitación, un ascensor o un bar en una calle bogotana, el espacio de la novela se amplía hasta llegar al mundo exterior, donde habita el abandono como símbolo de la impermanencia, pasando, claro está, por el territorio del cuerpo, que descubre sus secretos a través del ero-

tismo y el placer, de la inocente desnudez en una playa cualquiera, del retozo en un lecho que más tarde se abandona sin mirar atrás. El cuerpo que vibra a través de las sensaciones, así como lo hace la ciudad con la actividad incesante de millones de anónimos habitantes.



Finalmente, cabe mencionar que así como Marcel Proust ahondó en el universo de las pasiones, el amor, el desamor, la acción corrosiva de los celos, María Castilla pormenoriza en las mismas a través de un detallado análisis, usando para ello una trama novelesca que crece en profundidad a medida que el tiempo fluye y las páginas se transforman en una advertencia de lo que será el punto final.

MARÍA CRISTINA RESTREPO

Suicidio por exceso de palabras

El nombre falso de un ser importante

Germán Silva Pabón

Aleandría, Bogotá, 2010, 316 págs.

Lo primero que me parece se debe hacer para escribir la reseña sobre *El nombre falso de un ser importante* de Germán Silva Pabón es reconstruir la historia que cuenta y la cual se queda perdida entre un montón de palabras, sepultada en la verbosidad.

El relato es más o menos el que sigue:

Un escritor que se dice a sí mismo un fracasado, pero que no por ello deja de tener ataques de narcisismo